

# LA NOVELA SEMANAL



Una hora millonario

Por Enrique García Velloso.

PRECIO: 10 Centavos



Antes de leer esta novela fijese en la contratapa y considere las positivas ventajas que representan para Vd. el adquirir mercaderías durante el corriente mes de Noviembre en "La Argentina" de A. de Micheli y Cía. y de los regalos que acuerda a sus favorecidos en ocasión de su Cincuentenario.



# LA NOVELA SEMANAL

FLORIDA 248

BUENOS AIRES

---

Al lector:

Uno de nuestros propósitos al dar a la publicidad la obra que nos ocupa, es el de armonizar conveniencias entre lectores y escritores.

Ofreceremos semanalmente, una producción interesante, de alguno de nuestros más prestigiosos literatos, a un costo ínfimo y único, que seguramente no ha hacer vacilar a ningún lector para la adquisición de esta novela. Si a esto agregamos que La Dirección procurará en todo sentido extremar sus cuidados en la selección de las mismas, obtendremos deliberadamente el fin propuesto.

La publicación de esta obra se imponía en nuestro país como una necesidad, puesto que la mayoría del público prestaba su atención a las lecturas importadas, descuidando en absoluto la producción literaria nacional, cuyo núcleo de escritores, consagrados en círculos intelectuales, necesitaba la propalación por medios fáciles para obtener su completo desarrollo.

La exposición de nuestro programa garantizará más que ninguna otra propaganda el éxito de nuestra obra, que desde hoy entregamos al juicio público.

*La Dirección.*

# La Novela Semanal

DIRECCIÓN

MIGUEL SANS -- ARMANDO DEL CASTILLO

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires

APARECE TODOS LOS LUNES  
CON UNA OBRA COMPLETA E  
INTERESANTE DE LOS MEJORES  
△ ESCRITORES ARGENTINOS △

El Lunes próximo se publicará

## LA HUELGA

de HUGO WAST (G. Martínez Zuviria)

Autor de FLOR DE DURAZNO  
y LA CASA DE LOS CUERVOS.

---

---

### SUCESIVAMENTE

---

---

3. **Artemis**, de Enrique Larreta  
(Autor de LA GLORIA DE DON RAMIRO).
  4. **Una madre, en Francia**, de Belisario Roldán
  5. **Luna de miel**, de Manuel Gálvez
  6. **La psiquina**, de Ricardo Rojas
  7. **Don Juan y Werther**, de José Ingenieros
  8. **Un peón**, de Horacio Quiroga
- 
- 

### PRECIOS

Por ejemplar \$ 0.10                      Atrasado \$ 0.20

Suscripción única, por año \$ 5.—



# UNA HORA MILLONARIO

(De mi diario de París)

---

NOVELA INÉDITA Y ORIGINAL DE

**ENRIQUE GARCIA VELLOSO**

---

Aquella noche había bajado yo con más retraso que de costumbre al comedor del hotel. Estaban los criados ordenando la platería y arrojando en los cestos las servilletas usadas. En el ángulo del salón aguardaban a que les trajeran el café, una mujer muy pálida trajeada de negro, y un hombre coloradote, fuerte, de aspecto ciclópeo, que echaba cariñosamente sobre su pipa largas humadas, como dedicado a la tarea de curar el dragón de espuma de mar, que ya amarilleaba en el recipiente del tabaco.

Se me acercó el jefe del comedor trayéndome la inevitable fuentecilla con tres enormes rábanos abiertos en forma de camelia, unas rodajas de patatas salpicadas de perejil y dos caracoles de manteca sobre hielo picado. "Tendré que servirle al señor minutos, pues nada de la lista le aconsejo a esta hora".

—“Perfectamente”.

Después de ensayar dos platos frangollados de mal humor por uno de los pinches de guardia, pedí según mi costumbre, una taza de camamila.

A mitad de mi fracasada comida, había entrado al salón mi vecino de mesa, un hombre de cara extraña, en la que le bailaban los ojos negros y brillantes. Reía de continuo y la pequeña boca de labios finos y casi sin carmín, dejaba al descubierto una dentadura admirable. Hasta entonces no tuve ocasión de encontrarle nunca de día; así es que siempre le vi vestido de frac, comiendo solo, o en el saloncito de periódicos tomando café en compañía de la pareja con quien ahora conversaba. Aquel desconocido tenía la costumbre de fumar unos puros deliciosos. Y era todo un espectáculo verle embocar el cigarro de hoja, cual una corneta y darle unas chupadas que parecían llenarle de placer, en tal forma voluptuosa cerraba los ojos y devolvía despaciosamente el humo por sus labios fruncidos como para silbar.

Mientras me traían la camamila, yo me puse mecánicamente a observar a aquel hombre. Peinaba la tupida cabellera negra, hacía atrás; tenía la hermosa frente despejada y tersa; en el metón apenas ponía un tinte azulado la barba rasurada; el color cetrino de la tez, parecía cobrar mayor intensidad ante el contraste de las alburas de la pechera del frac. Sus manos eran finas, de dedos alargados y de uñas bien cuidadas.

Mis vecinos pidieron licores. La mujer sacó de su ridículo de gró violeta, cigarrillos turcos, al propio tiempo que el hombre de la cara cetrina, poniéndose de pie, llevó la diestra al bolsillo trasero del pantalón, como cuando se busca el revólver, y extrajo la tabaquera de platino, que dejó abierta sobre el mantel. El hombre ciclópeo, permutó la pipa por el puro, dándole un mordisco violentísimo. Los tres se pusieron a fumar y redoblaron la animación de su charla en inglés.

Yo también sentí el deseo de fumarme un cigarro de hoja y ordené al jefe de que me lo enviara con el chico del *Grill Room* que vino breves instantes después, portando la bandeja llena de cajas. Era el chico de los cigarros, un madrileño vivaz y con más letra menuda que un tomo de la biblia de bolsillo. A pesar de sus cinco años de París, no había perdido ni su acento ni sus salidas chulescas, de las que abusaba como un personaje de zarzuela por horas.

Yo solía darle cuerda pues me holgaba mucho tener con quien hablar en castellano.

—¿Cuál de estos me recomiendas, Colás? — le dije al chico abriendo varias cajas.

—Según pa lo que usted los necesite.

—No te entiendo.

—Como insecticidas, a estos Manilas los reputo de primera. Pa que lo dejen a usted solo, así que usted los encienda, estos de Canarias... Y como pa suicidarse de mala manera estos hamburgueses...

—¿Pero no tienes habanos?

—Estos... que son la muerte en los labios y que proceden de la Vega de la calle Rivolí...

Estaba nauseado por el tabaco rubio, por los Malacrinos, por los Bastos y los de la Vuelta Abajo de papel, que ardían como paja... Me pedía el cuerpo un buen cigarro, y en vez de seguirle como siempre la corriente al madrileño, respondí agresivamente a sus cuchufletas y le ordené que cruzase hasta el Cafe de la Regencia a comprarme un cigarro habano.

El hombre de la cara cetrina, me dijo en castellano con la mayor naturalidad, desde su mesa, y como si me conociera de toda la vida: "Le van a traer a usted, un mal puro. Sírvase usted, uno de estos.

—¡Oh!... de ninguna manera, señor.

—Yo bien se lo que significa satisfacer el deseo de fumarse un buen cigarro. Acéptemelo".

Y se quedó de pie, junto a mi mesa con la tabaquera de platino extendida...

Mecánicamente me puse también de pie y cogí un puro.

—“Ha salido usted ganando”, me dijo por lo bajo el madrileño, al propio tiempo que ponía casi en mis narices el encendedor de alcohol...

Ya los otros se habían dirigido al vestuario. Cuando salimos detrás de ellos, un *groom* les alcanzaba los gabanes. Nos saludamos ligeramente con un movimiento de cabeza y partieron rumbo a la calle.

—¿Quién es ese? — le pregunté al madrileño.

—El tío de los puros? Pues un americano de *Mexico*. Pintor y músico. Colijo que tiene mucha pasta divina, porque no se priva de na. ¡Y hace bien! Pa cuatro cochinos días que uno ha de vivir! ¡Menflis! Y el que venga atrás que arree... Pa mí agregó en voz baja, el que arree es el hombre alto...

—¿Entonces, tú crees que...?

—¡Naturaca! El gachó de la pipa se ha ubicado de mutu propio en las Batuecas!

—¿Pero no son marido y mujer?

—¡Cá...! Amigos y... gracias no hay de qué...! Ella dicen que toca el órgano de una manera súper y que en Hungría la consideran como a cosa eminente. Aquí en el hotel tienen apartamento por separado... Con el tío de la pipa come y toma el te; con el músico pasea. Parece que ahora la está haciendo un pastel... Algunas tardes va a posar al estudio del mesicano... Y allí... ¡claro! ¿qué van a hacer los pobrecitos? ¡Pues un pastel...!

—¡Calla, miserable, calla! y dame el sombrero...

Una hora después, ocupaba yo una silla en el Casino, deseoso de seguir las peripecias del campeonato de lucha greco-romana. En un palco bajo, a mi derecha, estaban el hombre ciclópeo, la húngara y el mejicano.

Yo seguía aspirando con delicia el puro regalado. Mi obsequiante alcanzó a verme y nos sonreímos. Los dos, al propio tiempo dimos una chupada a nuestros respectivos cigarrillos. Y volvimos a sonreírnos.

---

A la tarde siguiente, volviendo del bosque recordé que acababa de llegar de Buenos Aires, un ilustre amigo que tenía su alojamiento en el Hotel Creillon. Despedí mi coche en las arcadas, de la esquina de la *rue* Royal, frente al obelisco de la Plaza de la Concordia, y me dirigí a la portería del vetusto edificio donde dejé mi tarjeta.

Permanecí luego indeciso, sin saber que rumbo tomar. Era una tarde divina. Una concurrencia enorme cruzaba la plaza, rumbo a la Exposición. En un coche descubierto ví al mejicano que me hizo un cumplido saludo. Recordé entonces su movimiento espontáneo de la noche anterior y me encaminé a lo de Maxim a comprar un exquisito cigarro para devolverle su gentileza. Al salir de nuevo a la *rue* Royal, encontré contemplando un escaparate de joyas falsas a dos artistas amigas, la malagueña Rosa Bermúdez y Ninón Laplace, una chica de Tolosa criada en Barcelona. Ambas solían figurar como soprano y tiple ligero respectivamente, en los elencos de compañías de ópera de segundo orden. Yo las había conocido en Buenos Aires y simpatizamos tanto, especialmente con la malagueña, que desde los sitios más remotos del globo me enviaba de continuo postales y recortes periodísticos. Estaban de paso en París y al día siguiente debían dirigirse a Marsella, para embarcarse rumbo a Algeria, donde trabajarían dos meses. Me saludaron con sendos besos y abrazos, en pleno bulevar, y cogiéndoseme cada una de un brazo me arrastraron hasta las vitrinas interiores

de la casa de bisutería. Eligieron unas arracadas de corales, dos collares de perlas, media docena de anillos con cabuchones y esmeraldas, seis esclavas y otra suerte de avalorios. Mientras envolvían los estuches, Rosa Bermúdez, apoyada en mi hombro y apretando los párpados hasta enredar casi sus enormes pestañas moras, susurraba muy bajito el aria de las joyas de la Margarita de Fausto.

—Te hemos costado sólo sesenta y cinco francos. No puedes quejarte. Convidanos a tomar el coctel...

Echamos a andar hasta el Café Napolitano. Las mesas de la terraza, estaban llenas de amigos suramericanos y españoles. Esquivamos las divertidas peñas, deseosos de charlar los tres a nuestras anchas, y ocupamos una de las mesas interiores.

Mientras nos traían los cocteles, Rosa desató el paquete de los estuches y se puso a contemplar las joyas.

—¡Chica, que perlas más hermosas!... Cualquiera las toma por verdaderas... ¡Que bien falsificadas están! Mira qué oriente... ¿Y las esmeraldas?... Con jardín y todo...

Jujaba Ninón Laplace con la cereza de su coctel, chupándola como a un caramelo, cuando dijo:

—Mira quien entra.

—¡Hamilton!

Era el mejicano.

—¿Le conocéis?

—Mucho, respondió Rosa. Fue gran amigo nuestro en Tegucigalpa y ultimamente en Milán, nos dió una cena opípara. Llamémosle.

—Sí.

Ninon Laplace, se puso de pie, y le chistó.

Hamilton avanzó sonriente hacia nuestra mesa.

—¿Cómo os va chiquillas? ¿Qué diablos hacéis en París?

—Nos vamos mañana a Marsella... ¿Ustedes no se conocen?

Rosa hizo nuestra presentación. Recordamos el incidente del puro y nos pusimos a conversar como dos camaradas de tiempo atrás.

A las ocho de la noche, ahitos de cocteles de champaña, resolvimos comer juntos los cuatro, en un restaurante discreto y nos fuimos a pie por la rue Cadet, hasta la taberna judía de Madame Luna. Nos sirvieron un exquisito *pilaf*, como plato de resistencia y nos bebimos hasta seis botellas de vino de Palestina. Cuando nos trajeron el café sin colar en las tazas de bronce, Hamilton quiso obsequiarme de nuevo con un cigarro de hoja, pero yo me adelanté a ofrecerle uno de los que había adquirido en Maxim.

—Es lástima, Rosa, que te marches mañana, dijo Hamilton, al tiempo que arrimaba el cigarro a la llama azul del encendedor.

—¿Pues?

—Me hubiera gustado hacer tu retrato. Por fas o por nefas, nunca se me logra ese deseo que tengo desde que te conocí en Méjico. ¡Son tus ojos tan admirables! Anda... agregó cogiéndole las finas manos entre las suyas, no seas tonta, quédate en París.

—¿Y mi contrato?

—Lo rompes.

—¿Y la multa?

La pagas.

—¡No me tientes! Déjame que cumpla. Me perjudicaría con el agente de Milán... Además, el mundo es tan pequeño... Ya nos volveremos a encontrar. Lo que siento es marcharme sin conocer tu famoso *atelier*...

—Si ustedes no tienen cosa mejor que hacer, les invito a que vayamos hasta allá.

—Si nuestro amigo quisiera acompañarnos...

—Ya lo creo.

—En marcha, pues. Beberemos en mi estudio una taza de te verde y os enseñaré muchas preciosidades de mi país.

Pedimos a dúo la cuenta, que Hamilton arrebató de manos del camarero, a quien entregó subitamente un billete de mil francos crujiente de puro nuevo. El rato que tardaron en traerle los cambios, lo invertimos en apurar de pie, otra copa de licor.

---

Tenía Hamilton su estudio en un quinto piso frente al cementerio de Momparnase. El ascensor de la casa era tan pequeño que tuvimos que subir en dos veces. Hamilton y la Malagueña nos precedieron. Cuando la caseta de cristales subió, nos quedamos Ninón y yo a oscuras arrimados a la cancela. Ninón me echó los brazos al cuello y apretándose mucho a mí, me dijo: "¡tengo miedo!" Juntó su cara afiebrada a la mía; su respiración era jadeante y exhalaba un terrible olor a vino agrio. .

—Miedo a qué tienes, chiquilla?

—A ese hombre.

—¿Pues?

—En Milán, nos tendió una encerrona y nos emborrachó con pulque. Yo estuve como loca y presa de ataques nerviosos más de quince días... No bebas te verde... No bebas nada...

Desde arriba nos gritó Hamilton: "ahí les envió el ascensor".

Poco a poco el resplandor de la caseta de cristales fué bajando hasta llenar de luz el zaguán. Apenas corrimos el enrejado de acero, comenzamos a ascender.

La vulgaridad de la puerta de cedro en la que se leía en una placa de porcelana: "Hamilton, pintor", no daba idea de la originalidad del estudio. Fuimos de sorpresa en sorpresa. No había criado en la casa. Hamilton, a medida que avanzábamos encendía las bujías eléctricas. Atravesamos una

galería tapizada de damasco mordoré y entramos al amplio salón octogonal, donde alternaban los caballetes de labor con muebles suntuosos de estilo azteca. Había en la estancia un penetrante olor a violetas viejas. Corrimos los cortinones de la gran vidriera que daba a la calle. La luna pintaba de albayalde los árboles del cementerio, las cruces y las tumbas... Permanecimos los cuatro largo rato, sin decir palabra, contemplando aquel extraño paisaje. Rosa tenía su frente pegada a los cristales que se empañaron de su aliento. Volvimos a seguir a Hamilton en silencio por los otros compartimientos. Al pasar por un cuartito todo pintado de negro y en el que alcancé a ver dos piedras litográficas y varias planchas de acero, Hamilton cerró violentamente la puerta. Luego nos introdujo en un saloncito recubierto de nogal de Italia y amueblado simplemente por una mesa y seis butacones, muy cómodos. Sobre la mesa había una tetera de níquel, varias tazas, un juego de botellas de cristal de roca con tapaderas de plata repujada, un copón como de iglesia lleno de azúcar cande, una caja negra y dos tabaqueras con puros y cigarrillos turcos. Cuando nos hubimos sentado, Hamilton enchufó la tetera de níquel con el hilo eléctrico que pendía de la araña central.

—Fumemos. Y luego agregó: ¿Se atreven con el pulque o prefieren coñac?

Ninón me hizo una seña y yo en un exceso de confianza y de curiosidad, exclamé: “¡Venga pulque!”

Cuando ya estaban servidas las copas, sonó un timbre.

—Es el teléfono, dijo. Permiso. Voy a ver quien me llama. Y desapareció.

Ninón se puso de pie y se avalanzó sobre mí, para quitarme la copa que yo ya había llevado a mis labios.

—¡No bebas! ¡No bebas!

—¡Déjame!

—¡No bebas!

—¡Déjame!

—¡Te pesará! Y volvió a su butaca, en el momento que retornaba Hamilton, pálido, nervioso...

—Herminia, es Herminia... la húngara... Vosotras la conocisteis en Milán. Y dirigiéndose a mí, agregó: y usted también la conoce. Nuestra vecina de hotel. Va a venir en seguida.

—¿Con el jastial? — preguntó Rosa.

—Con el jastial.

Ya se oía el leve susurro del agua de la tetera, próxima a la ebullición; y como si obedeciéramos a su chistar prolongado, todos guardamos silencio.

Por decir algo dije:

—¿Dónde consigue usted, el te verde?

—Me lo manda un amigo de Amsterdam. ¿Desea usted llevarse una caja?

—¡Oh... no!

—Vean ustedes, que prolijamente acondicionado viene. Y abriendo la caja de ébano, adornada de vetas de marfil nos enseñó unas como virutas de bronce con cardenillo, resguardadas con papel plateado. "Con tus dedos Rosa... Coje tres porciones".

La tapa de la tetera temblaba y por el pico salía violentamente un chorro de vapor. Sacó el conector, y Rosa echó las tres porciones indicadas, sobre las burbujas del agua. Luego Hamilton cubrió el recipiente con el manguito de pieles de Ninón. Sonó otro timbre.

—Ahí están, dijo Hamilton y desapareció a abrir la puerta.

Tardaron largo rato en entrar al comedor el dueño de casa, Hamilton la húngara y el jastial. Todos, excepto Ninón, bebimos te y pulque. Luego pasamos al *atelier*. Debían haber venido con alguna nueva ingrata los recién llegados porque a Hamilton se le acentuó el brillo de los ojos. Mordíase de continuo los labios y no hallaba postura cómoda en ninguno de los taburetes y sillones del salón.

Me acerqué a Rosa que estaba contemplando unos idolillos aztecas y le dije, por lo bajo: ¿qué te parece si nos marcháramos?

—Iba a decirte lo mismo. Creo que estorbamos.

Debió darse cuenta Hamilton de nuestros sospechas porque reponiéndose con una energía súbita, llegó hasta nosotros y nos invitó a ver una colección magnífica de aguas-fuertes y de dibujos al temple, obra suya. El jastial desapareció del *atelier*. Por el rabillo del ojo le ví meterse en el cuartito pintado de negro cuya puerta había cerrado antes Hamilton a nuestro paso.

Herminia llegó hasta el armonium que estaba en un ángulo del salón, bajo un dosel hecho con casullas episcopales, y se puso a tocar un trozo lúgubre como de canto funerario. Ninón, toda escalofriante, se arrimó a mí; Rosa se sentó en las faldas de Hamilton que le daba de rato en rato chupadas de su cigarro turco. Así estuvimos sin hablar largo rato. Cuando Herminia hizo girar el taburete para enfrentarse a nosotros, Hamilton apartó violentamente a Rosa y se puso de pie. En aquel instante reaparecía el jastial, con la pechera del smocking manchada de salpicaduras azules... Justificó el percance diciéndonos que había estado revelando fotografías.

—¿Nos vamos ya? interrogó Herminia a su acompañante.

—Sí. Y pasándole las manos cariñosamente por la cabellera a Hamilton le dijo con acento de sincera tristeza:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Espero que pronto. Y dirigiéndose a nosotros añadió: mis dos mejores amigos se marchan a Londres mañana.

—A las nueve estaremos en Calais y si la Mancha no nos recibe malhumorada, almorzaremos en Cárton antes de la una. El hombre ciclópeo abrazó conmovido tres veces a Hamilton; Herminia le besó en la boca largamente... Los tres desaparecieron por el pasadizo tapizado de mordoré.

—Y ahora nosotros también nos marchamos, exclamó Ninón.

—Sí, en seguida.

—¡Estoy en ascuas!

—Calla, que ahí vuelve.

Hamilton, profundamente pálido retornó al salón fingiendo una dulce sonrisa.

—Perdonen la emoción que me domina; pero este viaje repentino de mis camaradas, me produce una profunda tristeza.

—Mis amigas desean retirarse. También ellas dejan París a primera hora y necesitan realizar sus últimos preparativos.

—Las acompañaremos, si es que mi presencia no les incomoda...

—Absolutamente.

Hamilton comenzó a apagar las luces y mis amigas se aprestaron para la marcha.

Luego, abriendo una vitrina, dijo a Rosa y a Ninón: elegid lo que más os plazca.

—No... respondieron las dos...

—Me daréis un placer.

—De ninguna manera...

—Bien, elegiré yo por vosotras y para vosotras. Estos anillos de piedras duras para tí, Rosa. Son una preciosidad... Y éstas pulseras cinceladas para tí, Ninón...

Y salimos rumbo al ascensor. Al cerrar la puerta, yo sentí que Hamilton daba como un adiós definitivo a su casa. ¿Por qué sentí esa impresión? Yo no hubiera podido explicármelo en aquel instante, pero lo sentí así. El acontecimiento trágico que me llenó de espanto breves horas después, confirmó mi certero presentimiento.

Volvimos a descender en dos veces, como al llegar. Ninón y yo fuimos los primeros.

—A este hombre le pasa algo grave.

—Sí: Desde que le hablaron sus amigos por teléfono trató en vano de dominar su inquietud.

—Lo mejor es que le dejes solo.

—En cuanto llegemos a vuestro hotel le digo adiós.

---

El único coche que encontramos era tan pequeño que hubimos de llevar en nuestras faldas a Rosa y a Ninón. Fuimos desde Momparnase hasta el hotel de los Bufos casi sin hablar. En la puerta nos despedimos muy efusivamente y les prometí que iría a la Estación a darles un abrazo. Yo sabía que la promesa era mentirosa y ellas también. Sin embargo, dijimos a coro: "hasta mañana".

Volvimos a subir al coche.

—¿Tiene Vd. inconveniente en que nos detengamos un momento en el Filet de Sol?

—No, señor.

—¡Al Filet de Sol!

---

—Ya estamos.

—Un momento. Entro y salgo.

Efectivamente así fué porque aguardé sólo breves instantes. Hamilton se despidió en la puerta de un hombrecillo envuelto en un amplio gabán de pieles, que volvió a entrar al restaurante.

Hamilton tras una breve vacilación como si se hubiera olvidado de comunicar algún encargo al hombrecillo del ga

bán, avanzó resuelto hasta la portezuela del cupé. Y ya casi dentro, con un pié en el estribo, me dijo, ¿qué le parece a Vd. si caminásemos un poco?

Yo supuse que aquello equivalía a una insinuación para que yo aceptase ser el confidente de su inquietud y picado de curiosidad malsana, acepté. Despedimos el coche.

Echamos a andar sin rumbo. Las calles estaban ya solitarias. París era un desierto de casas. De rato en rato, Hamilton volvía la cabeza como observando si alguien nos seguía. Cerca de una hora llevábamos ambulando sin que la anhelada confidencia se insinuase. Nuestro diálogo incoherente resultaba de una falta absoluta de interés. Dos veces hube de decirle adiós, fingiéndome fatigado, pero precisamente entonces era cuando se me antojaba que el hombre iba a "entrar en materia".

Llegamos al mismo sitio donde le había encontrado yo por la tarde al regresar del bosque.

—¿Se fatiga? Hace una noche tan divina... Y yo deseo andar... andar...

—Usted está sumamente inquieto. ¿Acaso la partida de la húngara?...

—¡Oh, no! Cosas de mi país... La tiranía de mi país... Va a fracasar todo...

—No entiendo...

—Porfirio Díaz... ¿sabe?... Todo estaba listo... El dinero para hacer la santa revolución... la inevitable revolución que ha de tumbar una tiranía de treinta años... El dinero nos ha fallado... Ya tendremos ocasión de hablar si es que esta noche... ¡ah!... esta noche es definitiva en mi vida..."

Y volvió a quedar callado, tras una serie de frases incoherentes recitadas en el jadear de una marcha casi al trote, como si alguien nos persiguiera.

Al llegar al Arco de la Estrella me invitó a que visitáse-

mos a una amiga que tenía su casa a pocos pasos de allí, en la rue Balzac.

—Tomaremos café y sabré algo que necesito saber antes que sea de día.

En el número 6, apretó el botón del timbre eléctrico. Un criado de uniforme y grandes patillas rubias nos abrió la puerta y nos condujo a un vestíbulo pequeño adornado de muebles blancos y en cuyas paredes reía terriblemente la musa festiva de Leandre, Mucha, Caran D'Ache y Vilette... Salió a nuestro encuentro una mujer estupenda, opulenta de carnes, de inmensos ojos azules y boca de brasa en la que le relampagueaban unos dientes de lobezna. Le caía la rubia cabellera sobre el nácar de los hombros como llovizna de ámbar. Vestía una amplia túnica de seda rosa acordeonada. Después de la breve presentación que hizo Hamilton de mí, pasamos a un saloncito donde había una mesa de juego. Sobre el tapete verde se confundían las fichas multicoloras con las barajas inglesas y los ceniceros colmos de colillas embroquilladas de papel dorado.

—Hasta hace media hora han estado aquí, dijo la rubia, con ese acento mimoso, propio de las mejicanas. Piferman recibió un aviso telefónico e inmediatamente resolvió salir de París.

—¿A dónde?

—Dijo que ya sabríamos de él.

Hamilton que se sentó junto a la mesa y que no se había sacado los guantes ni el sombrero, jugaba inconscientemente con los fichones de márfil. Yo contemplaba los diminutos pies de aquella mujeraza, pensando, mientras a Hamilton se le tornoban violáceas las ojeras, cómo era posible que dos cosas tan pequeñas sostuvieran un peso tan grande...

Nos trajeron el café que Hamilton apuró de un sorbo, sin echarle azúcar. Luego pidió permiso para hablar por teléfono y me dejaron solo. Supuse que aquello era un pretexto

discreto para conferenciar los dos reservadamente. Sobre un sofá había periódicos americanos y me puse a repasarlos por distraerme en algo. De pronto, sentí, lo falso de mi situación, la ridiculez de mi compañía a ese loco o desventurado conocido de pocas horas y resolví hacer mutis por el foro. Estaba buscando en la pared un botón eléctrico para llamar al criado, cuando retornó Hamilton seguido de la mejicana. Tenía Hamilton un aspecto espectral.

—Perdone Vd... Ya nos vamos. Hasta mañana, Marcela. Hasta mañana, ¡si Dios quiere! No te acuestes sin quemar esos papeles...

—Me da lástima.

—Quémalos... Quémalos...

El criado de las patillas rubias, nos acompañó hasta la calle.

---

—¡Todo perdido! ¡Todo! Y lo más terrible es que esta pobre mujer, será una de las víctimas inocentes...

¡Todos me dejan sólo...! ¡Todos huyen! ¡Oh!... si Vd. supiera... si Vd. supiera...!

Y yo no soy un canalla... un delincuente vulgar... Si llice lo que hice fué por... ¡Oh!... no... no...

Antes la muerte que la afrenta... Aún tengo fuerzas para llevar el cañón de un revólver a mi sien!...

Sentí miedo de que aquel hombre se franquease definitivamente; medí las consecuencias de una complicidad mía inocente, determinada por esa curiosidad, por esa ligereza en el comercio de las amistades que tanto pueden perjudicar a quienes nos entregamos sin previa meditación al primero que se nos cruza en el camino... Y rápidamente, mi debilidad bondadosa tornóse en grosería y sin el más mínimo asomo de piedad por aquel desventurado, ordené a un cochero que se detuviera. Y secamente le dije: hasta mañana Hamilton.

—¿Me deja Vd. sólo? ¡Por Dios! No me deje Vd. sólo!

—Sí. Mi compañía de nada podría servirle en su drama que ignoro y que prefiero seguir ignorándolo. ¡Adiós!

Mi coche partió a escape y Hamilton se quedó recostado en uno de los faroles de la Avenida de los Campos Eliseos.

Me acometió de nuevo la debilidad y me asomé a la ventanilla del cupé. En la lejana ví la llama de un fósforo. Hamilton encendía un cigarro. Tuve un amago de pena por aquel hombre extraño; la conciencia me remordió al pensar que cinco minutos de consuelo pudieran evitar que aquel hombre cumpliera su amenaza de matarse... Y le golpée en los cristales al cochero para que se detuviera.

—¡Vuelva Vd. hasta el Arco de la Estrella!

Volvimos, pero inútilmente. Hamilton había desaparecido

---

Estaba en mi cuarto del hotel realmente preocupado por la suerte de aquel hombre. Las agitaciones de la noche, el exceso de comida, de alcohol y de tabaco, me desvelaron en absoluto. Para calmar mis nervios resolví bañarme. Mientras se llenaba la pileta intenté pasar revista a los periódicos de la noche. Mis ojos miraban pero no leían las letras. La cara de Hamilton, exangüe, se me aparecía como un espectro. Sentí pasos. ¿Sería él? Cuando el taconeó se confundió con el ruido del chorro del agua abrí la puerta. Sí; era él que entraba a su departamento situado a pocos metros del mío. Hice un supremo esfuerzo de voluntad para no llamarle y volví a correr el pestillo.

No había pasado media hora, cuando llamaron violentamente a mi puerta. Al abrir, se precipitó en el cuarto Hamilton que traía un maletín de cuero de Rusia.

—¡Guárdeme Vd. esto! Salve Vd. esto!... me dijo con

cara de enagenado. Y se marchó veloz. Yo deje el maletín en el sofá que estaba lleno de periódicos y de libros. Y me quedé escuchando, pegado el oído a la puerta. Breves minutos después se notó un movimiento inusitado en todo el piso. Oí la voz del gerente del hotel que parecía guiar por la galería a la gente recién llegada. Apagué la luz. Y en puntillas de pie me llegué de nuevo hasta la puerta. La gente recién llegada guardó de pronto silencio. Luego, el gerente del hotel dijo:

—¡Mr. Hamiltón, Mr. Hamilton: abra Vd! En seguida una voz tonante gritó: "En nombre de la ley, abra Vd. la puerta, Mr. Hamilton!" Y sonó un tiro. Salí entonces precipitadamente a la galería que estaba llena de agentes de policía. El comisario que ostentaba su banda tricolor, hacía esfuerzos por abrir la puerta del cuarto de Hamilton. Salieron de las demás habitaciones varios huéspedes, a inquirir lo que ocurría: los unos a medio vestir, los otros en camisión y en pantuflas, los otros en pijamas, dando gritos, que en vano trataban de reprimir el gerente y los empleados del hotel, exhortándoles a la calma.

Cuando abrieron la puerta, yacía Hamilton muerto sobre la cama. De la sien derecha y de las narices le manaba sangre.

Yo fuí uno de los primeros que entraron al cuarto del suicida. Pero a los pocos instantes nos hicieron salir por orden del juez y del médico de policía que llegaron como por arte de encantamiento.

Se formaron diversos grupos en la galería, mientras el médico examinaba el cadáver y el juez y el comisario revisaban los armarios y los baules de Hamiltón. Poco a poco los huéspedes volvieron a sus habitaciones. Yo también me fuí a la mía horriblemente impresionado. Vi el maletín sobre el sofá. Mi primer movimiento fué el de entregárselo al juez, pero por temor a que ello me obligase a declaraciones y mo-

lestias, resolví aguardar el curso de los acontecimientos. Eché llave a la puerta y llevé el maletín al cuarto de baño para examinar allí su contenido. Me quedé aterrado. Había muchos fajos de billetes de mil francos prolijamente atados con hilo, cuyos nudos estaban resguardados por redondeles de lacre. Extraje un fajo y conté hasta cien billetes. El total de los restantes hacía una suma de dos millones de francos. Cerré el maletín y lo arrojé en el cesto de la ropa...

El corazón quería salirseme por la boca. ¿Qué hacer? Relataría al juez la forma en que Hamilton me había hecho depositario de aquella maleta? ¿Cómo probaría mi ignorancia respecto a la fortuna que encerraba? ¿De quién era ese dinero? ¿Procedía de un robo? ¿Pertenería a los conjurados en contra de la dictadura mejicana? ¡Oh! Fueron diez minutos de cruel angustia y de terrible vacilación. ¡Dos millones de francos! ¡La felicidad! ¡La fortuna inverosímil! ¿Y si me callase, hasta ver si alguien me reclamaba la devolución? ¡Oh!... no... eso sería una indignidad. ¿Pero si no lo sabía nadie?....

Y así, en un mar de confusiones, pasaba de la cama al sofá, del sofá a una silla, seguido siempre por el espectro de Hamilton...

¡Pobre Hamilton! Aun me parece estar oyéndole decir: "Salve esto....! ¡Guárdeme usted esta maleta!"

¡Dos millones! Y allí los tenía! ¡Eran míos! ¡Míos! ¡Dos millones! ¿Por qué devolverlos?

---

De pronto me remordió la conciencia y resolví denunciar el caso al juez, que continuaba haciendo el inventario de los efectos y papeles de Hamilton.

---

Llegué hasta el cuarto de baño y extraje el maletín del cesto de ropa sucia..... Lo abrí, reconté los fajos..... Eran los billetes nuevos, crugientes, como el que había cambiado Hamilton en la taberna judía... "Oh! no... yo no digo absolutamente nada, como no me exija el juez alguna declaración". Y me tiré de bruces en la cama después de dejar en una butaca el maletín de los dos millones... Oía en la almohada el latir de mi corazón... Tenía la boca seca... Una angustia escalofriante me corría por todo el cuerpo...

Empezaba a amanecer, cuando llamaron violentamente a mi puerta.

Me incorporé de súbito y abrí. Eran el juez y el comisario de policía. Con exquisita cortesía me dijo el juez:

—Disculpe usted, que le molestemos, pero los agentes secretos, que han seguido a Hamilton desde ayer, afirman que usted ha pasado hoy varias horas en su compañía. ¿Quiere usted decirnos lo que han hecho ustedes?

—Sí, señor. Conversé antes de anoche incidentalmente por primera vez con el desgraciado Hamilton; en la tarde de ayer, tomando el aperitivo con dos amigas...

—Sí, Rosa Bermúdez y Ninón Laplace.

—Efectivamente.

—Han sido detenidas en el Hotel de los Bufos. Adelante.

—Llegó Hamilton, que conocía a mis amigas de tiempo atrás y nos invitó a comer en la taberna judía. Luego nos

llevó a su estudio frente a Momparnase, y después las acompañamos hasta su hotel. En el mismo coche fuimos al Filet de Sol y luego, a pie, hasta la rue Balzac, número 6, a casa de una señora que se llama... espere usted... no recuerdo...

—Marcela Durand...

—Marcela Durand, eso es. Estuvimos allí breves instantes y como al salir a la calle sospechase que algo grave le acontecía al señor Hamilton, resolví separarme de él. Subí a un coche que me trajo hasta aquí...

—¿Y nada más?

Hice como que pensaba... como que quería coordinar algunos detalles posiblemente olvidados.

—¿Y nada más? —, insistió el juez.

—Nada más.

—¿Y la húngara y su amante, a que fueron a la casa de Momparnase?

—Ah!... sí... Estuvieron con nosotros cerca de una hora. Luego se despidieron diciendo que se marcharían hoy a Londres.

—No se irán porque han sido detenidos.

Hubo una pausa inquisitiva, y luego me dijo:

—¿Quién pagó la cena de la taberna judía?

—Hamilton.

—¿Con un billete de mil francos?

—Sí, señor, con un billete de mil francos.

—¿Igual a este? —, agregó el juez, enseñándome uno nuevo y crugiente.

—Como ese... ¡claro está!... Supongo que como ese... Todos los billetes de mil francos son iguales.

—Iguales cuando son auténticos.

—No entiendo, señor, el alcance de su respuesta.

—El señor Hamilton, es un prodigioso falsificador de billetes de banco.

Sentí como si se abriese el suelo; y con voz entrecortada respondí:

—Créame el señor juez, que jamás lo hubiera supuesto...

—Tenga usted la amabilidad de vestirse para que reitere usted, sus declaraciones en el juzgado y ver si concuerdan con las de Ninón Laplace y Rosa Bermúdez.

—Perfectamente, señor. Pero antes de nada, debo manifestar al señor juez, que el desgraciado Hamilton, breves minutos antes de suicidarse, me pidió que le salvase este maletín... No se lo que contiene...

—¿Cuál?

—Este...

*Amigo Juan Vellero*



Al terminar esta novela no olvide fijarse en la contratapa y considerar las positivas ventajas que significan para Vd. el comprar durante el corriente mes de Noviembre los artículos que vende "La Argentina" de A. De Micheli y Cía. y los beneficios que le acuerda en ocasión de su Cincuentenario.



Comprando en uno de estos días del presente mes de **NOVIEMBRE** en "La Argentina"

**A. DE MICHELI & Cía.**

Avenida de Mayo 1001, esquina B. de Irigoyen

puede resultarle a usted **COMPLETAMENTE GRATIS** todo cuanto compre.

 **DEVOLVEREMOS EN DINERO EFECTIVO** el importe íntegro de las compras, a todas las personas que resulten haber sido compradoras en el día en que se cumple el cincuentenario de la fundación de esta casa, cuyas puertas se abrieron al público en el mes de noviembre de 1867, y además devolveremos el 25 por ciento a los que hayan sido compradores el día de venta anterior y posterior al de la inauguración.

**OTRO REGALO:** A todos los que nos hagan compras en este mes del cincuentenario, entregaremos una tarjeta que les dará derecho a una rebaja de 10 por ciento en sus compras durante un año. — Conozca las bases. Pídanos folletos. Véa nuestras vidrieras. Cómprenos en Noviembre.

"La Argentina" **A. DE MICHELI y Cía.** abarca en sus importantísimas secciones los ramos de **Sarriería, Confecciones y Artículos Generales para Hombres y Niños**, y no necesita ya recomendar la calidad de sus artículos y la modicidad de sus precios, porque su **medio siglo** de vida próspera, es su mejor recomendación. ¡Elija Ud. un día!